

Caperucita Roja.

Érase una pequeña y dulce muchachita que en cuanto se la veía se la amaba, pero sobre todo la quería su abuela, que ya no sabía qué darle a la niña. Un buen día le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y como le sentaba muy bien y no quería llevar otra cosa, todo el mundo dio en llamarla “Caperucita Roja”.

Un día la madre le dijo:

-Mira, Caperucita: aquí tienes un pedazo de pastel y una botella de vino; llévasela a la abuela, que está enferma y delicada, y se sentirá aliviada con esto. Ponte en camino antes de que apriete el calor, y cuando salgas ve con cuidado y no te apartes del sendero, no fueras a caerte y romper la botella; entonces la abuela se quedará sin nada. Y cuando llegues no te olvides de darle los buenos días, y no te entretengas en curiosear por los rincones.

-Lo haré todo bien- dijo Caperucita a su madre, y a continuación le dio la mano.

La abuela vivía muy dentro del bosque, a una media hora de distancia del pueblo.

Cuando Caperucita llegó al bosque se tropezó con el lobo. Pero Caperucita, que aún no sabía lo malo que era aquel animal, no tuvo miedo de él.

-¡Buenos días, Caperucita Roja!

-¡Buenos días, lobo!

-¿A dónde vas tan temprano, Caperucita?

-A casa de mi abuelita.

-¿Y qué llevas debajo del delantal?

-Pastel y vino. Ayer lo hicimos. Con esto, la abuela que está enferma y delicada, se alimentará y se fortalecerá.

-Caperucita, ¿dónde vive tu abuela?

-Bosque adentro, a un buen cuarto de hora andando todavía; su casa está junto a tres grandes robles, más arriba del seto de avellanos; de seguro que la conoces -le explicó Caperucita.

El lobo pensaba para sí: “Esta joven y tierna presa es un dulce bocado y sabrá mejor que la vieja; tendré que ingeniármelas para cazarlas a las dos”. Siguió andando junto a Caperucita Roja un rato y luego dijo:

-Caperucita, fíjate en las hermosas flores que hay por aquí. ¿No te paras a miraras? ¿Y tampoco oyes cómo cantan los pajarillos? Andas distraída, como si fueses a la escuela, cuando es tan divertido pasearse por el bosque.

Levantó Caperucita Roja los ojos y, cuando vio cómo los rayos del sol

bailaban de un lado a otro a través de los árboles y cómo todo estaba tan lleno de flores, pensó: “Si le llevo a la abuelita un buen ramillete le daré una alegría; es muy temprano aún, y tendré tiempo de llegar a la hora”.

Se apartó del camino para adentrarse en el bosque y se puso a coger flores. Y cuando cortaba una, ya le parecía que un poco más lejos asomaba otra más bonita aún, y de esta manera penetraba cada vez más en la espesura, corriendo de un lado a otro.

Mientras tanto, el lobo se encaminó directamente a casa de la abuela, y al llegar llamó a la puerta.

-¿Quién es?

-Caperucita Roja; traigo pastel y vino. Ábreme.

-¡Mueve el picaporte! -gritó la abuela-. Estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo movió el picaporte, la puerta se abrió, y él, sin decir una palabra, fue directamente a la cama de la abuela y la devoró de un bocado. Luego, se puso sus vestidos y su cofia, se metió en la cama y cerró las cortinas.

Entre tanto, Caperucita Roja había seguido buscando flores, y cuando tuvo un ramillete tan grande que no podía añadirle una flor más, se acordó de nuevo de la abuela y reemprendió presurosa el camino hacia su casa. Le extrañó ver la puerta abierta; cuando entró en la habitación se encontró incómoda y pensó: “¡Dios mío, qué miedo siento hoy! Y con lo bien que me encuentro siempre en casa de la abuela”. Exclamó:

-¡Buenos días! -pero no recibió contestación.

Se acercó a la cama, descorrió las cortinas y vio a la abuela, hundida la cofia de modo que le tapaba casi toda la cara y con un aspecto muy extraño.

-¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

-Para oírte mejor.

-¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

-Para verte mejor.

-¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

-Para cogerte mejor.

-¡Ay, abuela, que boca tan enormemente grande tienes!

-Para devorarte mejor.

Y diciendo esto, el lobo saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja. Cuando el mal bicho estuvo harto, se metió nuevamente en la cama y se quedó dormido, roncando ruidosamente. He aquí que acertó a pasar por allí el cazador, el cual pensó: “¡Caramba, cómo ronca la anciana! Voy a entrar, no fuera que le ocurriese algo!”. Entró en el cuarto y, al acercarse a la cama, vio al lobo que dormía en ella.

-¡Ajá! ¡Por fin te encuentro, viejo bribón! -dijo -. ¡Tanto tiempo que llevo buscándote!

Entonces se dispuso a dispararle un tiro, cuando se le ocurrió que tal vez la fiera habría devorado a la abuela y que quizás estuviese aún a tiempo de salvarla. Dejó, pues, la escopeta, y con unas tijeras se puso a abrir la barriga de la fiera dormida. A los primeros tijeretazos vió brillar la caperucita roja, y poco después saltó fuera la niña exclamando:

-¡Ay, qué susto he pasado! ¡Y qué oscuridad en el vientre del lobo!

Luego salió la abuelita, también viva, aunque casi ahogada. Caperucita Roja corrió a buscar gruesas piedras, y con ellas llenaron la barriga del lobo. Éste, al despertarse, trató de escapar, pero las piedras pesaban tanto que cayó al suelo muerto.

Los tres estaban muy felices. El cazador despellejó al lobo y se marchó con la piel; la abuelita se comió el pastel, se bebió el vino que Caperucita le había traído y se sintió muy restablecida. Y Caperucita Roja pensó: “Nunca más, cuando vaya sola, me apartaré del camino desobedeciendo a mi madre”.

Y cuentan también que otro día en que Caperucita llevó un asado a su anciana abuelita, un lobo intentó de nuevo desviarla de su camino. Mas la niña se guardó muy bien de hacerlo y siguió directamente su camino, y le dijo a la abuela que se había encontrado con el lobo, que le había dado los buenos días, pero con unos ojos muy aviesos.

-A buen seguro que si no llegamos a estar en pleno camino, me devora.

-Ven -dijo la abuelita-, cerraremos la puerta bien, para que no pueda entrar.

No tardó mucho tiempo en presentarse el muy bribonazo gritando:

-Ábreme, abuelita; soy Caperucita Roja que te traigo asado.

Ellas permanecieron en silencio y no abrieron la puerta. El lobo dio varias vueltas alrededor de la casa, finalmente saltó al tejado, dispuesto a aguardar a que la niña saliese al anochecer para volver a casa; entonces la seguiría disimuladamente y la devoraría en la oscuridad. Pero la abuela le adivinó las intenciones. Delante de la casa había una gran artesa de piedra, y la anciana dijo a la pequeña:

-Coge el cubo, Caperucita; ayer cocí salchichas; ve a verter el agua en que las cocí.

Así lo hizo Caperucita, y repitió el viaje hasta que la artesa estuvo llena. El olor de las salchichas subió hasta el olfato del lobo, que se puso a husmear y a mirar abajo; al fin, alargó tanto el cuello que perdió el equilibrio, resbaló del tejado, cayó de lleno en la gran artesa, y se ahogó. Caperucita volvió tranquilamente a su casita y nadie le hizo daño